

Invitación Especial

A los Españoles residentes en esta Ciudad.

La Academia Filosófico-Teológica de Santo Tomás de Aquino se honra en hacer una especial invitación á los españoles residentes en esta ciudad y á sus respetables familias, para que se dignen asistir á la Misa Pontifical que se celebrará en sufragio del alma del Sr. Pbro. Dr. D. Jaime Balmes, y á la Velada Literaria que dicha Academia consagra á la memoria de tan ilustre filósofo, gloria de España.

León, Agosto de 1910.



ELOGIO FUNEBRE

pronunciado por el Sr. Canónigo Magistral de esta Santa Iglesia Catedral, Lic. D. Eugenio Oláez, en las Honras que en sufragio del alma del esclarecido Doctor D. Jaime Balmes, se celebraron el 26 de Agosto del presente año, en el templo del Inmaculado Corazón de María.

ILMO. Y RVMO. SEÑOR: (*)

EL aparato fúnebre, las vestiduras de luto que adornan nuestros templos en ocasiones como la presente, despiertan en el alma el recuerdo de la vanidad de la vida y de lo transitorio de las cosas humanas. ¿Qué es pues el hombre, que apenas se deja ver cuando desaparece? ¿Qué es la vida del hombre? El Espíritu Santo con admirable sentido nos dice que es un vapor que aparece por poco tiempo para disiparse en seguida. El hombre, nos dice también por boca de Job, nacido de flaca y débil mujer, es de corta duración sobre la tierra, y lleno está de miserias y trabajos mientras vive; apenas se deja ver, cuando, semejante á la flor, es cortado y se marchita: desaparece como sombra y jamás permanece en un mismo estado, porque es inconstante y mudable. La Historia, ese testigo perpetuo de la vida del hombre sobre la tierra, y la poesía de todos los tiempos, reveladora de los sentimientos íntimos de los pueblos, nos presentan á la humanidad sentada siempre, como viuda inconsolable, á la orilla del sepulcro de lo pasado, llorando la desaparición de seres queridos que se fueron, de ilusiones que se desvanecieron, de esperanzas que se marchitaron cuando apenas estaban en flor, y de dichas que prometían ser duraderas y se borraron cuando estaban apenas en bosquejo. ¿Qué fuera de esa pobre humanidad que tiende siempre á lo inmutable para no estrechar al cabo sino el vacío, si el ángel bendito de las esperanzas eternas no se llegara á ella y le hablara de la vida futura que no tiene término, y en donde se encuentra completa é inmutable felicidad? ¡Dichosas las almas que, iluminadas por la luz de la fe, sufren ciertamente, lamentan esperanzas frustradas en la tierra, pero se mantienen firmemente apoyadas en las eter-

(1) El Ilmo. Señor Obispo de León, Dr. D. Emeterio Valverde Téllez.

nas; lloran la desaparición de seres queridos que la muerte arrebatara, pero alrededor de su tumba riegan las flores de la oración, cuyo aroma se levanta hasta el cielo atrayendo sobre esos seres queridos las bendiciones del eterno descanso! Esto es lo que hemos venido á hacer en este día; á orar en este Templo por el descanso verdadero y felicidad cumplida de un varón ilustre y sacerdote modelo que consagró las energías de su breve vida, á luchar con desnudo por su Religión y su Patria; porque tal fué sin duda alguna Jaime Balmes, cuya memoria honramos hoy al cumplirse el primer centenario de su advenimiento á este mundo. Y si os he de decir con franqueza lo que siento, para mí tengo que nosotros todos hijos de la Iglesia militante de Jesucristo y por lo mismo soldados suyos, venimos en esta vez á honrar la memoria de un veterano en la milicia de Cristo, de un soldado aguerrido y fiel que con una pluma por arma hizo frente á los enemigos de la Iglesia con bríos siempre nuevos y sin desfallecer jamás. Tal y no otro se presenta á mi mente este héroe de la Religión. Dichoso yo si lograra presentaros de esta suerte la figura grandiosa del atleta esforzado de la Iglesia católica, que conocemos con el nombre de JAIME LUCIANO BALMES.

Toda vocación divina exige de suyo dos cosas: 1ª, preparación conveniente en el que la recibe para poder desempeñar los oficios que tal vocación le impone; y 2ª, fidelidad en corresponder con otros á esa vocación. Dios llamó, destinó al P. Balmes para que, mediante su talento y su ilustración, combatiera en su época contra el error. A él fueron dichas aquellas palabras del texto sagrado: *LABORA UT BONUS MILES CHRISTI*. Toca pues á nosotros considerar cómo se preparó para hacerse apto á desempeñar su misión, y cómo cumplió en seguida con ella.

Nació el P. Balmes en la ciudad de Vich, en Cataluña, el 28 de Agosto de 1810, de padres pobres ciertamente, pero que supieron inculcarle desde su niñez fuerte adhesión á las verdades de nuestra fe. Su madre especialmente, con el suave amor maternal, pero á la vez con disciplina firme y resuelta, supo templar su espíritu y blindar su corazón de tal suerte que saliera incólume en las luchas morales de la vida. A esa severa disciplina debió en buena parte el P. Balmes la firmeza de carácter que lo distinguió, y que tan útil le fué en sus embates contra los enemigos de la Iglesia. Su primera formación intelectual la adquirió en el Seminario de Vich: de allí pasó á la Universidad de Cervera en donde con mejores elementos enriqueció su espíritu con los inapreciables tesoros de la verdad. Siete años empleó estudiando en esta Universidad:

de este tiempo cuatro años dedicó exclusivamente á estudiar la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino, fanal luminoso que irradia maravillosamente sobre todas las ciencias. En Santo Tomás de Aquino bebió Balmes abundantemente la doctrina que más tarde había de derramar en sus escritos. ¡Cosa admirable! Por un presentimiento digno de llamar la atención, la madre de Jaime Balmes, siendo éste aun muy niño, día á día se postraba en la Iglesia de Santo Domingo ante el altar de Santo Tomás de Aquino, y le suplicaba que hiciera á su hijo sabio y santo. Durante este trabajo de preparación para la lucha, no es inoportuno decir que Balmes obtuvo grandiosos triunfos. Tenía apenas diez y siete años, y tal renombre se había conquistado en la Universidad, que restablecido de peligrosa enfermedad, la Universidad toda se apresuró á celebrar su curación con una Misa de acción de gracias á la Virgen Santísima. Sabía de memoria, dice un biógrafo suyo, la tabla de materias de extraordinario número de libros que había leído y meditado, al grado de que un condiscípulo suyo, observando esto, le dijo graciosamente: JAIME, TU ERES MAGICO, O DIOS HA QUERIDO HACER DE TI UN PRODIGIO DE MEMORIA.

En 1833, cuando Balmes contaba apenas 23 años, dejó la Universidad de Cervera: poco después recibió la dignidad sacerdotal. Llegaba por tanto el tiempo en que este soldado de Cristo, debidamente preparado como estaba, emprendiese las batallas contra el error. La Iglesia de Jesucristo á cuya sombra bienhechora había ilustrado su inteligencia, le pedía que acudiese al campo de batalla y esgrimiese contra sus enemigos las armas con que la había dotado para defensa de la verdad. Entramos pues en la época en que Jaime Balmes debía corresponder con sus obras á la vocación divina que del cielo había recibido. Sirvió de anuncio al novel escritor católico la memoria sobre el CELIBATO ECLESIASTICO, que dió á la luz pública un periódico intitulado "El Católico." Poco después, cuando la revolución que afligió á España en los promedios del siglo XIX, amenazó con despojar de sus bienes á la Iglesia, Jaime Balmes publicó un opúsculo que intituló "Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del Clero." Lucía en este opúsculo tanta erudición, tanta majestad de doctrina, que cautivó la atención de cuantos lo leyeron, sin exceptuar á los hombres de estado, quienes no pudieron menos que admirar la vasta inteligencia que lo había dictado. En ese mismo año, cuando la revolución subía á la cumbre del poder, cuando la Reina abdicaba, y en los momentos en que se asesinaba y arrastraba por las calles á los que

protestaban contra las violencias de los revolucionarios vendedores, Balmes, con valor civil que raras veces se ve, publica las Observaciones políticas de España, en que hace ver la necesidad de que la regencia no se conserve en otras manos que no sean las reales, y esto no por política personal, como él lo dice, sino porque así debía ser para conservar sanas las máximas religiosas y monárquicas. Estas primeras publicaciones de Balmes, á pesar de la importancia que tenían, no eran sino escaramuzas: el combate formal debía seguir después. Entremos pues en el campo de batalla y véamos cómo lucha por defender la verdad este atleta de la Iglesia. Pero antes hagamos una excursión al campamento del enemigo, exploremos su situación y los recursos con que cuenta.

De todo observador atento es muy digno de consideración el hecho de la duración persistente del Protestantismo. Las herejías han aparecido en la Iglesia como fuegos fatuos que despiden sus fugaces y falsos fulgores por algún tiempo para disiparse en seguida. ¿Dónde están ahora los alardes del arrianismo, del nestorianismo, las herejías de Eutiques y los novacianos? Apenas se registra su nombre en la historia. Esto mismo ha venido pasando á herejías de tiempos posteriores. ¿Por qué, pues, el Protestantismo, á guisa de nuevo pecado original, se transmite en el mundo de generación en generación y trabaja incesante por ensanchar y afirmar sus dominios ? El Protestantismo, según pensamiento del P. Balmes, puede ser considerado de dos modos: como sistema de religión, si es dable hablar así, y como principio de negación y rebelión. Como religión el Protestantismo ha muerto, ó más bien dicho, murió al nacer, porque siendo su dogma fundamental el libre examen que arrojando lejos de sí toda autoridad, faculta para que cada quien crea lo que quiera, ¿qué fuerza puede tener para ser creído en sus dogmas? ¿cómo puede imponer la creencia en sus enseñanzas si ante todo predica que cada quien ha de creer lo que le plazca? Por esto el Protestantismo nada tuvo ni ha tenido que responder á las sectas que de él se separaron, pues ellas con toda justicia pudieron decirle: **HEMOS HECHO LO QUE TU HICISTE; NOS SEPARAMOS COMO TU TE SEPARASTE.** Así pues, el Protestantismo, como religión, nada vale: no ha tenido ni puede tener subsistencia. El secreto de su duración está en el principio de rebelión que fué su origen. Por ese principio de rebelión el Protestantismo existe no ya desde el siglo XVI, sino desde que hubo un ángel rebelde que clamara contra Dios: **NON SERVIAM.** no me sujetaré. Por consiguiente, esa duración no es para gloria del Protestantismo, subsiste al lado

de la Iglesia católica como sombra al lado de la luz. Sin dogmas, sin principios fijos, fluctuando á merced del arbitrio y capricho de cada uno de sus miembros, se aviene á todas las sectas, se amalgama perfectamente con el moderno racionalismo, tiende mano amistosa á todas las herejías, y se acomoda á todos los vicios. Y, presentándose, á pesar de ser tanta su perversidad, vestido con el manto de la religión, para engañar á las almas, podemos decir con toda verdad que es el lobo más voraz cubierto con la más fina piel de oveja. Por este motivo, obra necesaria es combatir al Protestantismo, y más lo es cuanto esta herejía, aprovechando las oportunidades que le presentan las vicisitudes de los pueblos, trata de difundirse y arraigarse en ellos. Esto acontecía exactamente en España en la época en que Balmes se dió á conocer como escritor público y defensor de la Iglesia. El Protestantismo, aprovechando las revueltas políticas de aquella época, se esforzaba por difundirse especialmente en Italia y España. Encubriéndose con la bandera del progreso y de la civilización, recorría sembrando sus perniciosas enseñanzas las ciudades de Italia. Otro tanto hacía en España á la sombra de la revolución capitaneada por Espartero, pero no con el éxito que deseara. Siendo España país hondamente católico cuya solidez de vida había venido siendo sostenida por la unidad de los principios católicos desde el tiempo de Recaredo, necesitaba la herejía protestante de más seguros vehículos que la introdujeran encubierta en aquel pueblo. He aquí cómo pasaron los hechos. España, en la época que vengo refiriendo, se veía agitada por las cuestiones políticas de la sucesión real en el trono: Cristinos y Carlistas se disputaban la victoria, después que la revolución con su séquito de violencias é iniquidades había hecho estragos en aquella nación. El Protestantismo aprovecha estas circunstancias para infiltrarse en España. Contaba para ello con que Inglaterra, nación protestante, era el resorte oculto que movía las maniobras de Espartero el jefe de la revolución; contaba sobre todo con las crecidas simpatías que en el partido MODERADO de España había hallado la escuela DOCTRINARIA de Francia, que en su seno llevaba las doctrinas de Calvino, y que se presentaba encubierta con la mira política de conciliar los derechos del Monarca y los derechos del pueblo.—Por otra parte, en ese mismo tiempo, Francisco Pedro Guillermo Guizot, jefe en la prensa de dicha escuela DOCTRINARIA, había lanzado á la publicidad su libro "Historia de la civilización en Europa" en el que al igual de lo que hacía su escuela, no se muestra de todo á todo hostil á la Iglesia: da muestras de estimación por ella,

la elogia por los beneficios que derramó en los pueblos, pero corona tristemente estos elogios con decir que el tiempo de la acción civilizadora de la Iglesia ha pasado, pues quedó terminada en el siglo XVI, época en que las naciones debieron salirse de la influencia inoportuna ya del Catolicismo. Así pues, al lado de los elogios de la Iglesia van las aseveraciones hostiles contra ella. Estaba escrito por un estadista é historiador de larga carrera literaria, y cuyo fecundo talento era reconocido; simulaba por otra parte no querer atacar á la Iglesia, cuando lo que en realidad hacía era calumniarla. Era pues un enemigo tanto más temible cuanto más solapado; tanto más terrible cuanto más astuto. Hombre de Estado como era, Guizot ejercía poderosa influencia desde Francia en la política de España, y tanto que él fué quien con el Rey Luis Felipe aceleró el matrimonio de la Reina Isabel con don Francisco de Asís, descartando para ello la acción interventora de otros países, según convenía á los intereses políticos de Francia; y siendo de notarse que el asunto del matrimonio de la Reina, por lo que tocaba á la asignación del consorte, era de transcendencia suma para España, como que importaba la clave de las más interesantes consecuencias sociales, políticas y aun religiosas. He querido detenerme en estos detalles para que aparezca el peligro que había de que España fuera invadida por el Protestantismo introducido en las formas políticas y revolucionarias. Guizot trataba de nulificar la acción de la Iglesia, asentando que, á contar desde el siglo XVI, las naciones debían su engrandecimiento al Protestantismo. España, por consiguiente, que había mantenido cerradas sus puertas á la herejía protestante, se hallaba lejos de prosperar y engrandecerse. Decir esto indirectamente á España un hombre que á la vez que escribía historia, ejercía poderoso influjo en España, como Guizot, ¿no importaría gravísimo peligro para esta nación? Sin duda que sí. Esto consideró Jaime Balmes, y, como novel lidiador, cual otro David, puesta su confianza en Dios, se lanzó contra el Goliath moderno de la ciencia y de la política. ¿Qué fué lo que hizo? No se limitó á contestar á los errores en particular, ni á oponer únicamente principios á los hechos, sino que, para hacer eficaz la refutación, reemplazó el libro de Guizot escribiendo él otro libro de la historia de la civilización en Europa: ese libro fué "El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea." En él, dice un historiador, después de consideraciones sumarias, establece un paralelo grandioso entre la influencia del Catolicismo y la del Protestantismo. El individuo, el matrimonio, la familia, la sociedad

civil, la sociedad religiosa, la libertad de los esclavos, la unidad é indisolubilidad del matrimonio, la conciencia pública, la suavización de las costumbres, la caridad, la influencia del Protestantismo en las doctrinas políticas, y la influencia del Catolicismo en las letras, tales son las materias que estudia á fondo Balmes en su obra con elocuencia y con singular método y exactitud. Balmes sigue paso á paso á Guizot en el estudio del origen del Protestantismo y de su carácter, dejando en el ánimo la convicción de que el Protestantismo en vez de hacer prosperar á los pueblos, no ha hecho otra cosa que sacar á las inteligencias de los quicios de la verdad, y con su sistema de negación, sustracción á la autoridad y falsa independencia, abrir camino á los errores que como tremendo aluvión cayeron sobre las sociedades en el siglo XVIII. Encierra este libro, dicen los que lo han conocido á fondo, el estudio concienzudo de innumerables cuestiones que el autor trata con el noble objeto de defender á la Iglesia, aduciendo pruebas tomadas del raciocinio y la experiencia, y acumulando los testimonios que le prestan los hombres y las cosas. Oíd cómo reasume el sabio autor el pensamiento dominante de su obra: "Antes del Protestantismo, dice Balmes, la civilización europea había tenido ya todo el desarrollo que le era posible: el Protestantismo falseó el curso de la civilización y trajo males inmensos á las sociedades modernas. Los adelantos que se han realizado después del protestantismo, no han sido adelantos obtenidos por él, sino á pesar suyo. Para evidenciar todo esto no he hecho sino consultar la historia poniendo el cuidado más exquisito para no alterarla, pues he tenido presente aquellas palabras del texto sagrado: "¿TIENE DIOS ACASO NECESIDAD DE VUESTRAS MENTIRAS?" Esta obra, dice un crítico de Balmes, subsistirá como una de las más sólidas é interesantes que ha producido nuestra época. Los hombres que habían oído repetir que la Iglesia Católica miraba con enemistad á la civilización, no han podido menos que quedar admirados al ver como ella es la fuente de todos los bienes derramados en las sociedades modernas. Tal es el vigor que anima á esta obra, tan sólida es la defensa que hace de la Iglesia, y tan justificadas las inculpaciones que hace á la secta protestante, que un distinguido personaje encargado de negocios de la Santa Sede, no vaciló en considerarlo como un Padre de la Iglesia en su época.

Se había propuesto Balmes luchar denodadamente contra el Protestantismo que se esforzaba por invadir á España. Solícito por esta noble causa observó que doctrinas filosóficas imbuídas de protestantismo y panteísmo llegadas de Francia

y Alemania ganaban terreno en España, y se propuso combatir las con el mismo método con que lo había venido haciendo, es decir, no refutando simplemente los errores en particular, sino presentando un libro de ideas sanas para substituir con él á los nocivos. Con este intento escribió su FILOSOFIA FUNDAMENTAL en cuyo prólogo así indica el pensamiento que lo impulsó á escribirla.

Para hacer más obvios los estudios filosóficos escribió la FILOSOFIA ELEMENTAL que Mons. Affre, Arzobispo de París, se proponía introducir como texto en sus escuelas una vez que hubiese sido vertida al latín.

La intensa labor política de Balmes que ahora sería prolijo exponer, tuvo por mira principal, no satisfacer ambiciones personales propias ni extrañas, sino la prosperidad de su Patria y el engrandecimiento de su Religión. Preveía con toda claridad que de la conciliación de los dos partidos, Cristinos y Carlistas, operada mediante el matrimonio que se efectuara de la Reina con el hijo de D. Carlos, sobrevendría la paz á la nación y la prosperidad de la causa católica. A esta obra de conciliación consagró gran parte de sus energías en las labores de la prensa. Los hechos se realizaron al fin de otra manera, pero los sucesos ocurridos después se encargaron de demostrar la justicia que asistía á Balmes en su empresa.

¡Cosa digna de admiración! No duró sino ocho años la labor científica de Balmes, y en tan reducido espacio de tiempo dió por resultado obras de tanto peso como el CRITERIO que escribió en solo un mes, la FILOSOFIA FUNDAMENTAL, la FILOSOFIA ELEMENTAL, el PROTESTANTISMO COMPARADO CON EL CATOLICISMO, por no hacer mención sino de las obras más universalmente reconocidas.

Tal fué Balmes, soldado invencible de la Iglesia Católica á la que tan valerosamente supo defender.

He concluído, Señores, el elogio, débil á la verdad, que he venido á hacer de este varón ilustre; mas no quiero abandonar esta cátedra sin deciros antes una palabra siquiera acerca de su piedad, porque tengo para mí que no tanto es difícil saber cuanto tener la ciencia del saber. Balmes fué sabio de verdad porque fué piadoso; fué grande porque fué humilde; fué valeroso en el combate porque supo confiar en Dios. Su adhesión á las verdades de fe era sincera y profunda, hubiera querido mil veces morir, como llegó á decirlo, antes que desviarse de la creencia de esas verdades. Amaba á la Iglesia como á su buena madre, y este amor era el que lo impulsaba á salir en defensa de ella, sintiendo levantarse en su pecho,

como lo confesaba, olas de indignación cuando leía las calumnias con que la herían.

Poco tiempo llevaba de reinar el Sumo Pontífice Pío IX, cuando sus reformas políticas conciliadoras despertaron sin justicia en España temores y críticas aun entre la gente más religiosa. En medio de aquel descontento general Balmes tomó la pluma y escribió su opúsculo "Pío IX." Este opúsculo defensor del Papa le suscitó enemigos gratuitos que llegaron aun á calumniarlo; pero en medio de la borrasca, cuando veía que aun sus más adictos amigos lo tenían por inoportuno en su defensa, Balmes permaneció firme é inflexible, no haciendo otra cosa sino decir que si volviera á tener que escribir ese Opúsculo no haría sino repetir lo que en él había escrito. Con cuánta justicia obraba el que así defendía en 1847 al Papa que se cubrió de tanta gloria, durante su largo Pontificado, y á quien más tarde había de llamarse el Pontífice de la Inmaculada, y que hoy día vemos en camino para los altares donde la Iglesia quiere colocarlo para hacerlo objeto de veneración de los fieles!

Os dije al principiar que nos habíamos reunido para honrar la memoria de un veterano en la milicia de Cristo, y por lo expuesto, aunque con tanta brevedad, os habréis convencido de que así pasa realmente. Rindamos pues nuestros homenajes de alabanza á este ilustre escritor defensor de la Iglesia Católica; y, si aun ha menester de nuestras oraciones para entrar en el Reino de los cielos, elevemos nuestras preces al Señor para que reciba en su gloria á este siervo bueno y fiel, que tan bien supo desempeñar la misión que le diera de pelear como valeroso soldado en defensa de la Religión. REQUIESCANT IN PACE.